

fragmentarios, no los considera de alta política sino hasta el momento en que se vuelven asunto urgente debido a presiones externas. Ya no hay sólo una respuesta posible. Mucho se ha discutido sobre el papel del Estado en este panorama. En específico, la política internacional que emprenda Fox no deberá perder de vista que está encaminada a dejar de lado el tradicional objetivo de aumentar el poder del Estado, para empezar a preocuparse por el fortalecimiento de las interacciones de la resentida sociedad mexicana –organizaciones no gubernamentales, empresas, universidades, grupos vecinales, minorías, comunidades transnacionales, etc.– con otras sociedades y Estados, mediante políticas concretas y fragmentarias, ya que es precisamente esto lo que lo fortalecerá en los ámbitos que ahora se salen de sus manos. Con esto no busco apuntar que se debe pasar de las visiones amplias a una –vaya palabra– “compartimentalización” de la política al estilo de la segunda posguerra, sino a estrategias de cabildeo desde abajo, como el emprendido en el caso de la aceptación de la matrícula consular condado por condado en territorio estadounidense. En una nuez, el tiempo de las ideas holistas que explicaban y solucionaban todo –pero que a la vez llevaron a los peores fundamentalismos del siglo XX– ha pasado.

La mayoría de las críticas al libro de Davidow señalan por su falta de autocrítica, pero han dejado de lado la revisión de ese sello estatista matizado por las alegorías zoológicas a las que orilla *El oso y el puercoespín*. Así que, si a zoología y Estado vamos, las reflexiones escritas por don Daniel Cosío Villegas hace más de cuarenta años me parecen por demás pertinentes:

[T]odo parece ser en México debilidad y todo fortaleza en Estados Unidos[...] Exista o no una ley de compensación, en este caso opera, pues la vulnerabilidad de Estados Unidos sólo es conmensurable con su increíble fortaleza[...] Estados Unidos es hoy lo que el león es entre los animales: el amo indiscutible. Sólo que el león es el rey de la selva, es decir, de un mundo animado, y Estados Unidos es el rey del páramo, cuyos únicos habitantes son el viento de la desolación y el frío del hambre y de la muerte (“México y Estados Unidos”, en *Ensayos y notas*, México, Hermes, 1966, p. 218).

FROYLÁN ENCISO

Víctor Manuel Muñoz Patraca (coord.), *Partido Revolucionario Institucional, 1946-2000. Ascenso y caída del partido hegemónico*, México, Siglo Veintiuno Editores / FCPYS-UNAM, 2006, 144 pp.

¿Qué tipo de partido fue el PRI?, ¿qué tipo de partido es ahora? Un intento serio y documentado por responder a esas preguntas es el que no presenta

este libro. Un esfuerzo por hacer a un lado ideologías y prejuicios resultantes de nuestras preferencias políticas.

La noción común acerca del PRI, en nuestros días, es la de un partido único, pieza clave del autoritarismo, el enemigo a vencer para lograr la apertura del sistema político mexicano. Este libro nos narra una historia que poco ha salido a la luz: la lucha por la democracia en el PRI, los intentos de apertura del régimen político desde dentro del mismo partido, así como la lucha de grupos progresistas contra los sectores conservadores y aun reaccionarios que aloja en su interior.

El sistema mexicano nunca fue totalitario, de partido único; como tampoco nunca ha sido democrático, como el existente en las democracias de Europa y Norteamérica. Con base en la tipología de Giovanni Sartori, se afirma que el sistema de partidos imperante hasta la década de 1980 era de *partido hegemónico*, es decir, el PRI no sufría la competencia de ninguno de los partidos existentes, pues la oposición era demasiado débil como para ganar las votaciones que puntualmente se celebraban para la renovación de los cargos de elección popular.

En el libro se afirma que desde su fundación, en 1946, el PRI tuvo como objetivo la modernización del país, siguiendo la ruta trazada, en términos económicos y políticos, por los países vencedores de la Segunda Guerra Mundial, con los que México estuvo aliado. Esta idea recorre los seis artículos que integran la obra: desde las diferencias con sus antecesores el PNR y el PRM, pasando por las luchas entre grupos conservadores y modernizadores en el seno del partido, hasta las pugnas internas que han terminado por provocar las escisiones partidistas.

En el capítulo inicial, escrito por Muñoz Patraca, se presenta un panorama general de las condiciones en que surge el PRI, los aspectos más relevantes de su consolidación y cómo se fue dando el fortalecimiento de la oposición hasta llegar a la alternancia en el poder, la presidencia de la república, en el año 2000. En el segundo capítulo, de Manuel Zúñiga, se muestra cómo fue surgiendo una clase política a partir de los viejos militares revolucionarios. Fernando Arce Gaxiola pone en evidencia cómo, para poder gobernar e implantar su proyecto de nación, el PRI tuvo que incluir una serie de prácticas como el corporativismo y el clientelismo, que lo alejaban del ideal del México moderno y democrático. Una paradoja determinará su naturaleza y su devenir.

El ideario liberal del PRI, donde el mundo gira en torno del individuo, choca con la composición sectorial del partido. Las centrales obrera y campesina que lo componían representaban al mismo tiempo una ayuda y un obstáculo para la construcción del México industrializado y democrático. Por un lado, eran una fuerte base de apoyo político para el partido, que

aseguraba el suministro de votos y acarreados a los mítines; y, por el otro, sus líderes, al defender sus privilegios, sacrificaban la democracia sin importarles recurrir a tácticas ilegales para asegurar la victoria.

Composición sectorial del partido que César González Olguín considera obsoleta, ya que los cambios políticos y la liberación económica de las dos últimas décadas del siglo XX terminaron por reducir tanto el espacio de influencia como la capacidad de los líderes para darle a sus bases los insumos que les garantizaban su fidelidad política. Incapaz de asegurarse el apoyo necesario para la victoria electoral, el reto del PRI ha sido a partir de entonces estructurarse de manera territorial y ya no sectorialmente.

El imperativo de la democracia dentro del partido ocasionó, en varios momentos de su historia, movimientos por hacer más abierta la competencia por el poder. Los candidatos de oposición que han representado un problema político para el PRI salieron de sus propias filas, desde el general Henríquez Guzmán hasta la fracción priísta liderada por Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo, que terminaría por formar, junto con un mosaico de partidos de izquierda, al PRD. Esos movimientos tuvieron por bandera la democratización tanto del partido como del sistema político en general.

La verticalidad de la toma de decisiones por una élite, o incluso por una sola persona, el titular del ejecutivo en funciones, produjo demandas de democratización en el seno del PRI, a las que muchas veces se respondió con intentos por reforzar la disciplina.

En los últimos capítulos del libro se presentan dos estudios de caso de lo anteriormente expuesto. Se muestra cómo en los estados de Aguascalientes (analizado por Adán Baca) y Zacatecas (abordado por Lázaro Ávila) se da la alternancia en la gubernatura, pero no como resultado de un movimiento amplio y democratizador en la sociedad. Los partidos de oposición ni siquiera eran fuertes. La derrota en las elecciones ocurrió por divisiones dentro del PRI y como consecuencia de una selección de candidatos poco democrática, que provocó la ruptura interna. La desunión hizo que la oposición triunfara en Aguascalientes, mientras que en Zacatecas el candidato excluido salió del partido y logró una importante victoria como candidato de otra formación política.

En síntesis, puede decirse que éste es un libro que alentará el debate alrededor del pasado, el presente y el futuro del partido político más importante en la historia del país, y que aporta una perspectiva útil para el análisis de la problemática que suscita la transición democrática.